

1919-1979

Prehistoria del cine “nica”*

La patria del inmenso Rubén Darío —país de poetas— no tuvo igual suerte con el cine. Las primeras salas de cine mudo se instalaron en Nicaragua hacia 1919 y en la década del treinta fueron adaptadas para recibir el sonido. En poco tiempo el cine se extiende por todo el país. En Managua aparecen las salas de primera, segunda y tercera categorías. El terremoto de 1972 barrió con estas últimas, quedando hoy en Managua solamente salas de primer orden.

Actualmente hay en Nicaragua un total aproximado de 75 salas de proyección. En cuanto a producción cinematográfica se han realizado tres films. En los cincuenta se rodaron allí *Rapto al sol* y *La llamada de la muerte*: dos films mexicanos sin gran valor artístico y que fueron un fracaso económico para las firmas productoras.

Es en 1972 cuando se realiza el primer film profesional, con un reparto estelar integrado por nicaragüenses, bajo la producción de la chilena Margarita Castro Farías y el mexicano Felipe Hernández. El filme se tituló *Milagro en el bosque* y estaba basado en la leyenda folclórico-religiosa de la aparición de Santo Domingo de Guzmán en las sierras de Managua. También se filmó en Nicaragua un documental paisajístico y sobre la vida de los vaqueros titulado *Los centauros de Chontales*.

Posteriormente, en 1973, un joven nicaragüense, Rafael Vargarruiz, realizó su primer film en Nicaragua. Utilizando un equipo técnico de segunda calidad, con actores sin experiencia, Vargarruiz, director y argumentista, filmó *Señorita*. Se trata de una cinta de 18 minutos de proyección donde se advierte la influencia de Bergman y Buñuel. Su autor lo ha calificado como “un film simbolista” y agrega que “el argumento nos sumerge en un mundo donde el ensueño y la realidad conviven en un mismo plano de existencia, con seres humanos debatiéndose como títeres de un destino que los aferra al mudo lenguaje de sus temores, ansias y apetitos ancestrales”..

Pero el cine nicaragüense —con una incipiente infraestructura industrial y con una plataforma teórica sólida— no surge sino hasta abril de 1979, fecha en que un grupo de cineastas guerrilleros, en el Frente Sur, se organizan en la brigada de propaganda Leonel

Rugama y filman ochenta mil pies de película sobre la guerra de liberación sandinista que dio al traste con la dictadura de Somoza el 19 de julio de ese año.

A casi un mes de la victoria popular ya funciona en Managua el Instituto Sandinista de Cine Nicaragüense (ISCN) en las instalaciones confiscadas de lo que fuera Producine: empresa de capital extranjero comprometida con Somoza que producía el noticiero oficial de la dictadura, anuncios comerciales, toda la propaganda ministerial del somocismo, films didáctico-militares para el EEBI (Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería), además de imprimir la revista castrense *El Infante* y discos de música comercial.

Éste fue todo el aparato de cine que encontraron los sandinistas cuando llegaron a la capital de Nicaragua. En semejantes circunstancias es fácil deducir que no existía aquí la más mínima tradición cinematográfica.

El ISCN es un edificación de una sola planta (ninguna construcción en Managua pasa del quinto piso, pues la ciudad está sobre una falla de la corteza terrestre que es la causa de los terremotos), donde incesantemente entran y salen —apurados, sudorosos, radiantes— muchachos y muchachas con pañoletas rojinegras, algunos vestidos de verde olivo, otros de civil, portando las más diversas armas.

El difundido concepto de que “la cámara es un fusil— pierde aquí su apariencia metafórica para materializarse a cada instante. Un fusil automático reclinado sobre una moviola, una Colt 45 al lado de una lata de película, una ametralladora Galil colgando de un equipo de iluminación, son imágenes que por extraordinarias que parezcan resultan aquí —en estos días de júbilo y de vigilancia popular— la cosa más natural del mundo.

Esa inefable convivencia de las armas con los recursos de la técnica cinematográfica tiene su explicación. Y es que los orígenes del ISCN —fundado como tal el mismo día de la victoria y adscrito al Ministerio de Cultura— se remontan al 24 de abril de 1979, fecha en que se filmaron los primeros pies de película en plena guerrilla, en el Frente Sur. Así, de la guerra de liberación nacional, nació el germen del cine nicaragüense.

Por eso hay en los archivos del ISCN ochenta mil pies de película en colores (16 mm) equivalentes a 36 horas de filmación. Ese testimonio sobre la guerra es el mayor tesoro de la joven cinematografía nicaragüense, su certificado de nacimiento, el *humus* de donde crecerá el árbol de las imágenes sandinistas. A partir de esos ochenta mil pies de

película empieza la historia de esta cinematografía que viene a enriquecer al movimiento del nuevo cine latinoamericano.

Pero además, y por si eso fuera poco, los jóvenes del ISCN conservan celosamente la prehistoria de su cinematografía. Se trata de 390 latas pequeñas (de 400 pies cada una), y de 300 latas grandes (de 2 mil pies c/u), correspondientes a los noticieros somocistas. Un material de esa naturaleza —aunque haya sido concebido desde la óptica del régimen derrocado— constituye, por fuerza, un impresionante documento histórico. De esas crónicas saldrá algún día un film colosal de la nueva Nicaragua.

Aunque los recursos materiales con que cuentan los cineastas sandinistas no son todos los necesarios, es inmenso el optimismo que demuestran en lo que dicen y en lo que hacen. Hasta el momento, el ISCN dispone de un pequeño estudio, una sala de edición con dos moviolas, un cuarto oscuro para el revelado de fotos fijas, un estudio de grabación y unas pocas cámaras de 35 y 16 mm. Carecen de estudio de sonido y de laboratorio, porque Producine realizaba esos procesos en el exterior: típico de una economía subdesarrollada.

El personal técnico del ISCN lo integran 6 camarógrafos, tres editores, un sonidista, un guionista y otros combatientes cuyas inquietudes cinematográficas empiezan a dibujarse ahora. Los jóvenes cineastas nicaragüenses —formados en el fragor de los combates— recibieron durante la guerra (y ahora) la colaboración espontánea y abnegada de cineastas de distintos países latinoamericanos. Hermosa verificación del internacionalismo en la esfera del cine y prueba contundente —por si hacía falta— de que existe, y se propaga cada vez más, la arquitectura de un nuevo cine latinoamericano.

NOTAS

* Tomado de *Cine Cubano*.